

“Esto es mi Cuerpo... es mi Sangre del Nuevo Pacto” (Mc. 14:22, 24)
Sal. 116:12-19; 1 Co. 10:16-17; Mc. 14:12-26

Jesús,
Cap. Miranda.

Introducción

Cuando uno celebra la cena pascual judía, o una representación de la misma, para que tengamos al menos una idea de cómo fue la Última Cena de Jesús y sus discípulos, aquella noche de Jueves Santo. Ese día ellos comieron la Cena Pascual judía, en la que Jesús dijo, sobre el pan y el vino: “Esto es mi Cuerpo... esto es mi Sangre del Nuevo Pacto” (Mc. 14:22, 24).

1. La necesidad de la Santa Cena de Cristo

La fiesta de la Pascua se llamaba también fiesta de los “panes sin levadura”. Comenzaba ese día jueves santo la fiesta de la pascua, pero seguía otros siete días más. Por eso dice san Marcos: “el primer día... de la fiesta de los panes sin levadura”.

Jesús envía a sus discípulos a la ciudad de Jerusalén a preparar la comida pascual, y el lugar donde habían de comer dicha cena. Ellos celebraron la Pascua en un “gran aposento alto”; es decir, que era una casa que arriba tenía otro piso, al cual se accedía por una escalera exterior, y allí es donde los discípulos comieron con Jesús. La liturgia de la iglesia, celebra y revive en los servicios de adoración dicha cena en el aposento alto, toda vez que se celebra la liturgia de la santa cena. La primera parte del culto, se llama liturgia de la palabra, que nos recuerda el ministerio de Jesús en Galilea, predicando y enseñando en las sinagogas. La segunda parte del culto, es la liturgia de la santa cena, que nos recuerda el ministerio de Jesús en Jerusalén, y en especial la cena pascual en el aposento alto. El culto cristiano tiene su forma, y esta forma es extraída directamente de la vida de Cristo, de las Escrituras. Por eso, no todo culto que se llame cristiano, es realmente cristiano. Evalúen por ustedes mismos si tiene esa forma que les acabo de decir: si tiene liturgia de la palabra, y liturgia de la santa cena. En un servicio divino normal, el culto suele tener ambas partes, inspirados en la vida de Jesús. También tenemos la libertad cristiana de que, en caso de cultos especiales, como son los del jueves y viernes santo, celebrar o no celebrar la santa cena. Pero en todo esto debemos recordar que la santa cena es el sacramento de Cristo, el testamento de Cristo, como él dice sobre el pan y el vino: “Esto es mi Cuerpo... esto es mi Sangre del Nuevo Pacto” (Mc. 14:22, 24).

La razón principal de la Santa Cena, es otorgarnos a nosotros el perdón de los pecados. ¿Cómo viene a mí el perdón obtenido por Cristo? A través de los llamados “medios de gracia”, que son el evangelio predicado y enseñado, el sacramento del Bautismo, y el Sacramento del Altar, o Santa Cena. Por estos medios, como por instrumentos, el Espíritu Santo llega hasta nosotros y nos regala la gracia del perdón y la vida eterna. Y esto no es una obra cualquiera. Esta tarea la realiza Cristo mismo a través del Ministerio Pastoral, o sea de su pastor que les hable, el Ministerio de la Reconciliación para el cual Cristo mediante la Iglesia le ha llamado, como le llama san Pablo en 2 Corintios 5:18-21: 18 “Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación; 19 que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación. 20 Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios. 21 Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él”. “Por lo cual, teniendo nosotros este ministerio según la misericordia que hemos recibido, no desmayamos” (2 Co. 4:1).

La necesidad de la santa cena, es bien simple: porque somos pecadores de nacimiento. Salmo 51:5: “En maldad he sido formado y en pecado me concibió mi madre”. Romanos 7:18: “Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo”. ¿Hay problemas en la iglesia? ¿Hay discordias y peleas? ¿Hay chismes y

discusiones? Todo esto y más, es porque somos pecadores. Entonces, ustedes necesitan a Jesús, ustedes necesitan confesar sus pecados, ustedes necesitan el bautismo y la santa cena: “Esto es mi Cuerpo... esto es mi Sangre del Nuevo Pacto” (Mc. 14:22, 24).

2. La Santa Cena y los “sacramentarios”

Las palabras de Cristo son más claras que el agua, son transparentes, son puras, son verdad y vida. Juan 6:51: “Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo. Juan 6:54: “El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero”. Juan 6:55: “Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida”. Juan 6:56: “El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él”.

Sin embargo, hay una controversia desde hace siglos con los “sacramentarios”, es decir, con todos aquellos que no toman las palabras de Cristo de manera simple y literal. “Sacramentario” se llama a aquel que toma las palabras de Cristo, no en su sentido literal, sino en un sentido simbólico, misterioso, como si Jesús dijera otra cosa en realidad. Ellos interpretan que no hay sacramento de la santa cena, se oponen con audacia a las palabras claras de Cristo: “Esto es mi Cuerpo... esto es mi Sangre del Nuevo Pacto” (Mc. 14:22, 24). Y dicen: “En realidad, es mi fe la que se eleva a Dios, donde está Cristo, y allá en el cielo tengo comunión espiritual con Cristo”. ¿Saben qué? Mucha gente opina eso mismo, porque dicen: ¿Cómo puede ser que el cuerpo y sangre de Cristo están realmente presentes en la Santa Cena? ¡Es una locura! A lo que contesto: ¡Precisamente porque es una locura es verdad! ¿Acaso no es una locura que Dios naciera, y de una virgen? ¿Acaso no es una locura que Dios en un sola esencia divina, pero al mismo tiempo es tres personas? ¿Acaso no es una locura que Jesús, el Hijo de Dios, debiera pagar mi culpa muriendo como maldito en la madero de la cruz? ¿Acaso no es una locura la resurrección de entre los muertos? Si repasamos el Credo Apostólico, como resumen fiel de la Biblia, nos daremos cuenta que el Evangelio de Cristo es una locura, que choca de cabeza contra nuestra razón. Pero como el hombre nace mentiroso y sin fe en Dios, tenemos que concluir que lo normal que no todo lo que Dios nos diga en su Palabra nos suene raro, porque el hombre por naturaleza está acostumbrado a la mentira, y a la oscuridad espiritual. Y cuando viene la Verdad de Dios y la luz maravillosa del evangelio, el hombre queda como ciego, y rechaza la verdad como si fuera una mentira. Pero, contesto a todos los sacramentarios, antiguos y modernos: ¿Quién eres tú para pisotear la sangre de Cristo? En este sacramento, junto con el pan y el vino, él me entrega el perdón de mis pecados, tiene comunión íntima conmigo, entra en mí y hace morada en mí, me une a un cuerpo santo, la iglesia, la santa cristiandad, y además me envía para testificar de su pasión y muerte hasta que él venga, y me enseña a amar y servir a mi prójimo así como él me amó primero a mí. ¿No te parece la Santa Cena un sacramento excelente? ¿Cómo te atreves todavía a dudar de las claras y siempre poderosas palabras de Cristo: “Esto es mi Cuerpo... esto es mi Sangre del Nuevo Pacto” (Mc. 14:22, 24)?

3. La consagración del pan y el vino

“Mi Sangre del Nuevo Pacto, que por muchos es derramada” (Mc. 14:24). “Cristo mismo prepara esta mesa y la bendice; pues nadie hace del pan y vino que se nos dan el cuerpo y sangre de Cristo, sino Cristo mismo, que fue crucificado por nosotros. Las palabras son pronunciadas por boca del ministro [el pastor], pero los elementos que se ofrecen en la cena son consagrados mediante el poder y la gracia de Dios, por la siguiente palabra de Cristo: ‘Esto es mi Cuerpo’. Así como en la declaración en Génesis 1:28: ‘Fructificad y multiplicad; llenad la tierra’; fue pronunciada una sola vez, pero sigue siendo siempre eficaz en esencia, pues continúa la fecundidad y la multiplicación, así también esta declaración (‘Esto es mi cuerpo; esto es mi sangre’) fue pronunciada una sola vez, pero sigue siendo siempre eficaz y activa, y seguirá siéndolo hasta el advenimiento de Cristo, de manera

que en la [santa] cena de la iglesia están presentes el verdadero cuerpo y sangre de Cristo”.¹ “Pues bien, en la administración de la santa cena las palabras de la institución deben pronunciarse públicamente o cantarse clara e inteligiblemente y de ningún modo deben omitirse”.²

“Lo que hace a la cena del Señor un sacramento, no es la fe nuestra, sino sola y exclusivamente la fiel palabra e institución de nuestro omnipotente Dios y Salvador Jesucristo, la cual siempre es y será eficaz en la iglesia cristiana, y que no es anulada o invalidada por la dignidad o indignidad del que administra el sacramento, ni por la incredulidad del que lo recibe. El evangelio es permanecerá verdadero evangelio, pese a que los oyentes impíos no lo crean, sólo que no obra la salvación en quienes no creen”,³ como Judas Iscariote, que después de traicionar a Jesús, desesperado fue y se ahorcó.

Antes bien, como Pedro, que también negó por miedo a Cristo, pero que luego confesó su pecado delante del Señor, diciendo: “Tú lo sabes todo, tú sabes que te quiero”, participemos de la Santa Cena en la plena certeza de la fe, y fortalecidos por su palabra: “Esto es mi Cuerpo... esto es mi Sangre del Nuevo Pacto” (Mc. 14:22, 24); reconozcamos que el perdón de Cristo está disponible para cada uno de nosotros también, y que Dios nos invita a celebrar y dar gracias por el Nuevo Pacto que Cristo Jesús, como el Cordero de Dios, la noche del Jueves Santo vino a inaugurar. Un Pacto de Gracia y Perdón el cual sellaría horas después, por medio de su sangre derramada en la cruz. Amén.

¹ Libro de Concordia: FC DS, art. VII. 632:76.

² Libro de Concordia: FC DS, art. VII. 632:79.

³ Libro de Concordia: FC DS, art. VII. 632:89a.